

# Anatomías míticas: el caso de Agustín Luengo Capilla, “El Gigante Extremeño”<sup>1</sup>

## Mythical Anatomies: the case of Agustín Luengo Capilla, ‘The Giant of Extremadura’

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ

Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid

langel@ucm.es

**Resumen:** El propósito del artículo es revisar la historia vital y sobre todo la historia post mórtem del “gigante” español con mayor proyección mediática de todos los tiempos: Agustín Luengo Capilla (1849-1875), conocido como “El Gigante Extremeño”. Estudiamos las circunstancias que le vinculan con el famoso doctor Pedro González Velasco y la consecuencia última de esa relación: que su cuerpo pase a formar parte del Museo Antropológico fundado por el médico segoviano en 1875, actual sede del Museo Nacional de Antropología en Madrid. Seguidamente, analizamos el proceso de formación de la leyenda creada en torno a Luengo y Velasco y cuestionamos la orientación y parte del argumento de un proyecto que pretende “poner en valor” la figura del gigante, pues lo hace dando por buenos los contenidos de esa leyenda y las invenciones de una novela histórica que, en realidad, presentan una imagen espuria del personaje biografiado.

**Palabras clave:** Restos humanos, ética museológica, acromegalia, Museo Antropológico, doctor Velasco.

**Abstract:** The aim of this paper is to revise the life history and especially the post mortem history of a “giant” who had and still has the greatest media coverage of the Spanish giants of all times: Agustín Luengo Capilla (1849-1875), known as “The Giant from Extremadura”. The famous Spanish surgeon Pedro González Velasco met him in Madrid, and the result derived from that relationship was really peculiar: Luengo’s remains became part of the Anthropological Museum founded by Velasco in 1875, currently National Museum of Anthropology. We analyze the legend created around Luengo (and Velasco) and we question the direction and part of the contents of a project that aims “to promote” the knowledge of his life. Our criticism is based on the fact that the project validates the

---

<sup>1</sup> Estudio realizado en el marco del proyecto de investigación “Ciencia y espectáculo de la naturaleza. Viajes científicos y museos de historia natural” (HAR2013-48065-C2-2-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España. Agradezco a Carmen Ortiz García, Juan Valadés Sierra y José Luis Mingote Calderón su lectura crítica de estas páginas. Obviamente, las posibles carencias del texto solo son de mi responsabilidad.

---

Recibido: 15 de abril de 2016; Aceptado: 2 de octubre de 2016; Publicado: 30 de marzo de 2017.

*Revista Historia Autónoma*, 10 (2017), pp. 87-104.

e-ISSN: 2254-8726; DOI: <https://doi.org/10.15366/rha2017.10.005>.



legend and the inventions of a recently published novel about the giant, and on the fact that both narratives just offer a spurious image of him.

**Keywords:** Human remains, museums ethics, acromegaly, Museum of Anthropology, doctor Velasco.

## Introducción

En las páginas que siguen vamos a revisar la singular historia vital y la aún más extraordinaria historia post mórtem de un personaje de talla excepcional: Agustín Luengo Capilla (1849-1875), conocido como “El Gigante Extremeño”. Ciertamente, no es Agustín el español más alto de todos los tiempos, ni gozó de la fama que tuvieron otros “gigantes” compatriotas del siglo XIX<sup>2</sup>. El más alto parece haber sido Miguel Joaquín Eleicegui Arteaga (1818-1861), “El Gigante Vasco”, que según algunas fuentes habría alcanzado los 2,42 metros. Y en cuanto a fama y reconocimiento, en su momento se imponen al extremeño el propio Eleicegui y otros dos personajes más: Víctor Sánchez Carretero (1847-1883), “El Gigante Bejarano”, y, ya a finales de siglo, Fermín Arrudi Urieta (1870-1913), “El Gigante Aragonés”. Los tres alcanzan una gran proyección pública dentro de nuestras fronteras, que en los casos del primero y el último se extiende también a un ámbito internacional.

Como resulta fácil de adivinar, la increíble altura de los cuatro personajes citados no se aviene con una fisiología sana y normalizada; es el resultado de una patología muy particular, la acromegalia<sup>3</sup>, que no solo afecta de forma dramática la salud de quien la padece, sino que se proyecta de manera impactante sobre su entorno social, convirtiendo al enfermo en un verdadero prodigio de la naturaleza, en un auténtico gigante. Durante el siglo XIX y comienzos del XX los gigantes patológicos atraen la atención de médicos y antropólogos, aunque su interés no siempre se fundamenta en razones terapéuticas o asistenciales, sino en una curiosidad sin base

<sup>2</sup> Utilizamos el término “gigante” sin ninguna intención peyorativa. A partir de este momento, lo escribiremos sin entrecorillar.

<sup>3</sup> Es solo en 1886 cuando el neurólogo francés Pierre Marie (1853-1940) establece de forma precisa los rasgos clínicos de una patología que denomina *acromegalia*; literalmente, “agrandamiento de las extremidades”. Es una enfermedad rara, consecuencia de una producción excesiva de la hormona de crecimiento por la glándula pituitaria, con una incidencia de 3-4 pacientes por millón de habitantes/año y una prevalencia de 40-60 personas por millón. Durán Rodríguez-Hervada, Alejandra et al., “Acromegalia”, en *Medicine*, 9-13 (2004), pp. 766-773, p. 766. Sobre la historia médica y cultural de esta patología, véase Sheaves, Richard, “A History of Acromegaly”, en *Pituitary*, 2 (1999), pp. 7-28; y Herder, Wouter W. de, “The History of Acromegaly”, en *Neuroendocrinology*, 103 (2016), pp. 7-17. DOI: 10.1159/00037180.

científica definida que en ocasiones solo busca apropiarse de esas “anatomías monstruosas”, casi míticas. Por supuesto, también generan una poderosa y morbosa atracción entre las gentes, que a veces se rentabiliza mediante exhibiciones. Y es evidente que entonces no solo se exhibe a esta “tipología” de personas. Durante aquellas mismas décadas, e incluso después, es relativamente frecuente que los museos anatómicos y los antropológicos (tanto comerciales como académicos) exhiban algún “especimen” humano exótico o “salvaje”. En alguna ocasión se preservan cuerpos que ya fueron exhibidos en vida<sup>4</sup>, bien fuera en espectáculos comerciales o en exposiciones pretendidamente científicas, y que continúan siendo exhibidos tras su muerte (como es el caso de Saartjie Baartman, la “Venus hotentote”, una joven *khoikhoi*)<sup>5</sup>; en otros, se exhiben cadáveres robados (como el de “El Negro de Banyoles”, en realidad miembro de la etnia san, también conocidos como bosquimanos)<sup>6</sup>. Otra opción “interesante” e igualmente rentable es la presentación de cuerpos “domésticos”, de gentes del entorno, que sufren patologías singulares. Como en el caso anterior, también es posible la doble opción apuntada: preservar y exhibir cuerpos que ya fueron exhibidos en vida (como el de la mexicana Julia Pastrana<sup>7</sup>, afectada de hipertrichosis, enfermedad que cubre de abundante vello la práctica totalidad del cuerpo) o hacer lo propio con la piel, el vaciado y el esqueleto de alguien no mostrado en vida, como ocurre precisamente con “El Gigante Extremeño”.

Volviendo al “territorio de los gigantes” hispanos, debemos anotar ya que, si bien el vasco, el aragonés y el bejarano disfrutaban de una vida mucho más intensa y algo más longeva que Luengo, ninguno logra una proyección mediática post mórtem más intensa y duradera que el pacense. En su caso, todo adquiere una nueva dimensión al entrar en escena un personaje muy especial, el doctor Velasco, que convierte al extremeño en la “pieza estrella” de su Museo Antropológico. A partir de aquí, su historia sufre un proceso mistificador que lo singulariza, lo convierte en protagonista de disparatados relatos, consolida su estrellato museográfico y, finalmente, le hace acreedor de un proyecto contemporáneo de “recuperación y puesta en valor” que, al margen de su mayor o menor interés, se sustenta en buena medida sobre la impostura.

<sup>4</sup> Como puede resultar obvio, la exhibición en vida (más o menos forzada o más o menos voluntaria) de individuos considerados exóticos o singulares (por razones patológicas o de otra índole) fue mucho más frecuente y rentable que la de sus esqueletos o sus cadáveres preservados. Una impactante forma de adentrarse en ese singular mundo es revisar el fantástico catálogo publicado con motivo de la gran exposición celebrada hace unos años en el Museo del Quai Branly parisino: Blanchard, Pascal et al. (dirs.), *Exhibitions. L'invention du sauvage*, París, Actes Sud, Musée du quai Branly, 2011. Para un análisis general del fenómeno de las exhibiciones humanas, véase Sánchez Gómez, Luis Ángel, “¿Human Zoos or Ethnic Shows? Essence and contingency in Living Ethnological Exhibitions”, en *Culture & History Digital Journal*, vol. 2, 2 (2013). DOI: <http://dx.doi.org/10.3989/chdj.2013.022>.

<sup>5</sup> Es ya muy extensa la bibliografía disponible sobre Saartjie Baartmann y el contexto social, político y científico que hace posible su periplo europeo, su exhibición y su preservación. Una de las últimas publicaciones es la coordinada por Claude Blanckaert: Blanckaert, Claude, *La Vénus hottentote. Entre Barnum et Muséum*, París, Muséum national d'Histoire naturelle, 2013.

<sup>6</sup> La información publicada y la accesible en internet sobre este personaje, exhibido durante décadas en el Museo Darder de Bañolas (o Banyoles), en Gerona, es también muy abundante. Una interesante y crítica visión del asunto nos la ofrece Susan Martín-Márquez: Martín-Márquez, Susan, “A «scientific confidence»: Manuel Iradier, «El Negro de Banyoles», and the re-collection and re-membering of «Spanish Africans»”, en *Journal of Romance Studies*, vol. 1, 3 (2001), pp. 103-120

<sup>7</sup> Sobre la dramática historia vital de Julia Pastrana y su disparatada historia post mórtem, véase Gylseth, Christopher Hals y Lars Toverund, *Julia Pastrana: The Tragic Story of the Victorian Ape Woman*, Gloucestershire, The History Press, 2004.

## 1. El doctor Velasco y su Museo Antropológico

Es bien sabido que, siendo de orígenes muy humildes y tras doctorarse en Medicina a una edad avanzada, Pedro González Velasco (1815-1882) amasa una considerable fortuna gracias a su habilidad con el bisturí<sup>8</sup>. Apasionado por la anatomía y la renovación de la enseñanza de la medicina, considera indispensable que las universidades cuenten con buenos vaciados y buenas preparaciones anatómicas que complementen las disecciones cadavéricas que han de realizar los estudiantes. Él mismo se empeña en su elaboración, tanto para su propio estudio como para sus tareas docentes y, en último término, para venderlas al Estado. Y aunque las actividades empresariales que desarrolla en este ámbito acaban fracasando, su empeño coleccionista particular sigue adelante. Pronto organiza un primer Museo Anatómico en su domicilio de Atocha 135 (hoy el 107), que utiliza como un poderoso reclamo para atraer alumnos a sus clases privadas. Y cuando este centro se queda pequeño, construye una casa de nueva planta a escasos metros, en Atocha 90 (hoy 92), y allí instala su nuevo Museo Anatómico-Patológico. Finalmente, cuando también este se ve desbordado, Velasco resuelve el problema con la contundencia que le caracteriza: en lugar de levantar una nueva casa que acoja un nuevo museo, construye un gran museo que acoge a su propia casa. Hablamos del gran Museo Antropológico, sede del actual Museo Nacional de Antropología, que inaugura el rey Alfonso XII en abril de 1875<sup>9</sup>.

Ayudado por la intensa e inteligente colaboración de su discípulo Ángel Pulido Fernández (1852-1932), Velasco levanta un extraordinario museo, tanto por su arquitectura como por sus contenidos. Las más completas y mejor ordenadas colecciones son las de anatomía normal y patológica, embriología, teratología humana, craneología y osteología. Como otros museos anatómico-antropológicos contemporáneos, dispone también de abundantes colecciones de anatomía comparada (zoología), geología, mineralogía, botánica y malacología. Igualmente guarda, aunque sin ordenar, numerosas piezas de carácter etnográfico, antigüedades históricas y arqueológicas, y un variopinto catálogo de “curiosidades”. Entre tan variado repertorio de

<sup>8</sup> Al margen de la biografía escrita por su discípulo Pulido, que más adelante citamos, y de artículos que revisan su obra médica (Arquiola, Elvira, “González Velasco, reformador de los saberes morfológicos”, en *Medicina & Historia. Revista de Estudios Históricos de las Ciencias Médicas*, 14 (1986), pp. 3-26; y Porras Gallo, María Isabel, “Buscando la renovación de la enseñanza médica en la España decimonónica: La Escuela Teórico-Práctica de Medicina y Cirugía del Hospital General de Madrid y la Escuela Práctica de Medicina y Cirugía de Pedro González de Velasco”, en *Medicina & Historia*, 1 (2002), pp. 1-15) o antropológica (Puig-Samper Mulero, Miguel Ángel, “El Doctor Pedro González de Velasco y la antropología española del siglo XIX”, en *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 34 (1982), pp. 327-337), la biografía más detallada de Velasco es la redactada por Santiago Giménez Roldán: Giménez Roldán, Santiago, *El Doctor Velasco. Leyenda y realidad en el Madrid decimonónico*, Madrid, Editorial Creación, 2012. Es un trabajo de gran interés que, lamentablemente, contiene algún error importante y un notable número de erratas.

<sup>9</sup> Sobre los dos primeros museos mencionados, véase Sánchez Gómez, Luis Ángel, “Una momia en el salón. Los museos anatómicos domésticos del doctor Velasco (1854-1874)”, en *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol 67, 2 (2015). DOI: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2015.29>. «<http://asclepio.revistas.csic.es/index.php/asclepio/article/view/666/925>» [Consultado el 15 de diciembre de 2015]. Sobre el gran Museo Antropológico, véase Sánchez Gómez, Luis Ángel, “El Museo Antropológico del doctor Velasco (anatomía de una obsesión)”, en *Anales del Museo Nacional de Antropología*, 16 (2014), pp. 265-297. «<http://eprints.ucm.es/29110/>» [Consultado el 25 de mayo de 2015].

materiales, la teratología humana es la parcela que más interesa al doctor. Conserva centenares de fetos y de esqueletos de fetos monstruosos, decenas de vaciados de malformaciones de todo tipo, el busto de una enana madrileña..., incluso organiza en su gran museo la presentación de los famosos “hombrecillos” de Pilas (o de San Juan de Aznalfarache), dos hermanos de 29 y 26 años que miden, respectivamente, 94 y 89 centímetros, y que, para asombro de todos, presentan una morfología armónica y proporcionada<sup>10</sup>. Pues bien, es precisamente en medio de esta vorágine teratológica, con el Museo Antropológico en marcha y en las mismas fechas que conoce a los dos pequeños sevillanos, cuando a Velasco le llega la inaudita noticia de que precisamente en su ciudad, en Madrid, el rey Alfonso XII acaba de recibir a uno de esos “monstruos humanos” que lo fascinan, a un verdadero gigante que supera con mucho los dos metros de altura. Es casi seguro que desde ese mismo instante el doctor se promete a sí mismo que ese increíble personaje tiene que ser suyo, que debe convertirse en el principal atractivo de su extraordinario museo.

## 2. Lo que sabemos de Agustín Luengo Capilla

Ciertamente, todas las circunstancias que vinculan al gigante con el doctor Velasco y su museo resultan llamativas y hasta extraordinarias; pero tanto o más singular es que apenas sabemos nada de la vida de Luengo y, sin embargo, todavía hoy las muy frecuentes referencias que se hacen a este personaje repiten unas informaciones que no se sabe de dónde proceden y que nadie se ha molestado en contrastar. Me refiero tanto a su pretendida exhibición en circos, teatros y barracas de feria, como al presunto contrato de compra-venta firmado con Velasco, según el cual el doctor se haría dueño de su cuerpo, una vez fallecido el extremeño, a cambio de unos determinados pagos. Ángel Pulido, el más directo colaborador de Velasco desde 1868, tendría que haber conocido el presunto acuerdo, pero nada dice al respecto en su detallada biografía del doctor<sup>11</sup>. Lo único que sabemos de todo este episodio y de la vida del propio Luengo es lo que nos cuenta el mismo Velasco y lo que recoge la prensa de la época. Veámoslo.

La primera referencia que hemos documentado sobre Agustín Luengo en la prensa española es ya de fecha muy avanzada: el 3 de octubre de 1875, *La Correspondencia de España* informa de que “Hoy ha sido presentado a S. M. [el rey Alfonso XII] un joven de 26 años, natural de la Puebla de Alcocer, provincia de Badajoz, llamado Agustín Luengo Capilla, el cual alcanza ya la disforme estatura de dos metros 800 milímetros”<sup>12</sup>. Es decir, serían cerca de ¡tres

<sup>10</sup> *El Pabellón Médico*, 14 de octubre de 1875, pp. 455-456. Su enfermedad no es la acondroplasia, sino seguramente alguna forma de enanismo hipofisario.

<sup>11</sup> Pulido, Ángel, *El Dr. Velasco*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de E. Teodoro, 1894.

<sup>12</sup> *La Correspondencia de España*, 3 de octubre de 1875.

metros! En realidad, el “8” es un “3” sobretintado, por lo que la cifra real coincidiría con los datos que proporciona Velasco sobre el gigante poco después. Pero lo curioso es que también en su momento debió de leerse un “8”, pues al día siguiente el diario *La Época* repite la noticia y de forma indubitada escribe “800”; y nadie parece advertir el error. Lo mismo dice *El Pabellón Médico*, el 14 de octubre, que añade una observación tan premonitoria como cruel:

“El esqueleto de este joven [,] si se lleva a un museo sin pruebas de autenticidad, podría servir de testimonio a muchas teorías antropológicas y arqueológicas que hoy corren por moneda de buena ley entre muchos filósofos, y que no tienen más sólido fundamento que el de fenómenos como el desgraciado Agustín Luengo (¡y tan luengo!) que no figurará entre los casos de longevidad”<sup>13</sup>.

Las notas de prensa comentan que se encuentra enfermo y en una se ofrece el dato, importante para el desarrollo de la historia, de que está acompañado por su madre. En diciembre el extremeño vuelve a tener una efímera presencia en la prensa: el día 29, *El Globo* y otros diarios informan de que está gravemente enfermo. Fallece dos días después. Cuando vuelva a darse noticia suya en los diarios, solo un mes más tarde, Agustín Luengo se habrá convertido ya en la “pieza” más relevante del Museo Antropológico.

¿Qué conocemos de la biografía de Luengo? ¿Qué ocurre desde que llega a Madrid hasta su fallecimiento y posterior “ingreso” en el museo? Como anotamos, es el propio González Velasco<sup>14</sup> quien nos ofrece los pocos datos de que disponemos, tanto sobre Agustín como sobre las circunstancias que le permiten hacerse con el cadáver. Por supuesto, puede que lo narrado no sea toda la verdad; no obstante, su versión tiene visos de autenticidad, y ningún indicio hay en ella de que existieran tratos ni contratos espurios.

Agustín Luengo nace el 15 de agosto de 1849; es el mayor de los seis hijos, tres varones y tres mujeres, del matrimonio formado por Crisanto y Josefa, “unos pobres artesanos” cuyo físico no presenta “nada de extraordinario”. Aunque una de las niñas nace con las extremidades notablemente alargadas, su desarrollo posterior es normal. El desmesurado crecimiento de Agustín comienza a hacerse notar a partir de los catorce años, lo que nos permite afirmar que padece acromegalia, como los otros gigantes españoles mencionados<sup>15</sup>. A los diecisiete tiene ya “la corpulencia de cualquier hombre”, y es también entonces cuando comienza a perder la vista y a tener dolores de cabeza, típicos trastornos asociados a su enfermedad. Su salud es, por tanto, mucho más precaria que la de los tres gigantes españoles citados.

<sup>13</sup> *El Pabellón Médico*, 14 de octubre de 1875.

<sup>14</sup> González Velasco, Pedro, “Exposición Universal de París de 1878. Objetos remitidos por el Dr. Velasco”, en *El Anfiteatro Anatómico Español y el Pabellón Médico*, 122 (1878), p. 32. El artículo informa de las tres piezas más destacadas de entre el amplio repertorio de materiales enviados por Velasco a la citada exposición: el esqueleto y el vaciado de Agustín y el busto de una “enana madrileña”.

<sup>15</sup> La única diferencia existente entre el gigantismo y la acromegalia es que la primera de estas patologías se manifiesta desde el nacimiento y la segunda solo a partir de la adolescencia, o incluso después.

Según el doctor, Agustín habría llegado a Madrid el 28 de agosto de 1875, tras un periplo por Andalucía del que desconocemos los pormenores y después de pasar una temporada en los “baños de Fuensanta”<sup>16</sup>, donde para su desgracia se le “entorpece el habla”. Todo hace pensar que su viaje nada tiene que ver con circos y exhibiciones, sino con la búsqueda de remedio para sus padecimientos, que precisamente se recrudecen durante su estancia en la Corte: dolores intensos en las articulaciones y en el abdomen, formación de edemas en los pies y, finalmente, necesidad de permanecer encamado desde el 18 de octubre. Velasco lo visita, pero se limita a tomar nota de su condición física; de hecho, no puede hacer mucho más. Le llaman la atención ciertas características de su morfología que hoy reconocemos como propias de la enfermedad (como el alargamiento de los huesos de la cara y de las extremidades), lo rudimentario de sus genitales, su extrema delgadez y, por supuesto, su talla extraordinaria, que alcanza los 2,30 metros<sup>17</sup>. En cualquier caso, ni Velasco ni el médico de la “Beneficencia domiciliaria” que lo atiende pueden hacer nada para salvarle. Un suelto publicado en *La Correspondencia de España*, el 10 de diciembre, resume de forma escueta las dramáticas circunstancias vitales de sus últimos días: “El *Jigante* [sic.] *extremeño*, que llegó a Madrid hace algún tiempo, se encuentra enfermo de gravedad y sin recursos en la calle de Toledo, posada de Cádiz. Le recomendamos a las personas de corazón piadoso”<sup>18</sup>. Es evidente, por tanto, que ningún dinero ha recibido de Velasco por la supuesta compra de su cuerpo; como tampoco recibió nada de Alfonso XII, ni siquiera el par de botas que refiere la leyenda. Solo veinte días más tarde, el 31 de diciembre, Luengo fallece. El cadáver se traslada al museo al día siguiente y allí le practica Velasco una detallada autopsia, cuyos resultados refiere en el citado artículo de 1878; la conclusión del estudio es que el fallecimiento se ha producido por un debilitamiento general del organismo, debido a las carencias de toda una vida de pobreza y sufrimientos<sup>19</sup>.

Al margen de diagnósticos más o menos errados, ¿por qué ingresa Luengo en el museo? ¿Cómo es posible que se haga de forma tan rápida? ¿Quién lo autoriza? La sucinta explicación que ofrece el doctor sobre tan delicadas cuestiones se recoge en su propia revista, *El Anfiteatro Anatómico Español*<sup>20</sup>, en una breve nota que precisamente informa de que “el vaciado de este notabilísimo fenómeno [el gigante] se encuentra ya colocado en el centro del salón grande”. Se advierte, además, de que “el cadáver de este joven ha sido trasladado al Museo con aprobación de su desconsolada madre, quien ha manifestado su deseo de que sirviera para estudios anatómicos, y con la de las autoridades respectivas”.

<sup>16</sup> Muy probablemente se trata del antiguo Balneario de Hervideros de Fuensanta, situado en el término municipal de Pozuelo de Calatrava, en la provincia de Ciudad Real.

<sup>17</sup> No son ni los 2,35 que algunas fuentes apuntan ni los 2,25 que se anotan en una cartela antigua conservada todavía hoy en la urna que guarda su esqueleto en el Museo Nacional de Antropología.

<sup>18</sup> *La Correspondencia de España*, 10 de diciembre de 1875.

<sup>19</sup> Velasco advierte de que no ha estudiado la médula ni el cerebro para “no mutilar el esqueleto”. De haberlo hecho, quizás hubiera advertido las alteraciones de la glándula pituitaria y el agrandamiento de la silla turca (*sella turcica*) donde se aloja, rasgos clínicos asociados a la acromegalia. Sí le llama la atención lo extremadamente quebradizo de sus huesos. De hecho, la osteoporosis es frecuente en las personas afectadas por esta enfermedad.

<sup>20</sup> *El Anfiteatro Anatómico Español*, 73 (1876), p. 29.

No sabemos hasta dónde llegan las explicaciones que Velasco le ofrece, pero es harto improbable que Josefa llegara a imaginar dónde y cómo acabarían los restos de Agustín. Sea como fuere la convence, seguramente gracias a la donación de alguna cantidad en metálico, pues la pobre mujer carece de recursos para dar un entierro decente a su hijo. En todo caso, en ningún lugar se menciona la entrega de dinero a cambio del cadáver. Con el consentimiento formal de la madre, y gracias a sus buenos contactos, no le debe de resultar difícil que se autorice el traslado, el tratamiento y el destino final de los restos de Luengo. Todo es perfectamente legal. De hecho, en la inscripción de su fallecimiento en el Registro Civil<sup>21</sup>, fechada a 31 de enero de 1876, una nota al margen dice que “El cadáver de Don Agustín Luengo Capilla [...] ha sido entregado al Doctor Don Pedro González de Velasco, con destino al museo antropológico de la propiedad del mismo”.

Lo acontecido no es ciertamente habitual, pero tampoco excepcional, y de hecho no parece escandalizar a nadie<sup>22</sup>. Finalmente, todo transcurre según los deseos del médico segoviano: a los treinta días de la muerte del pacense, Velasco exhibe ya su esqueleto y el vaciado; solo siete meses más tarde, en octubre de 1876, el salón grande del museo acoge una nueva y aún más impactante “versión” del gran extremeño: la “figura, formada con la piel del citado gigante, [...] cubierta con los vestidos que ordinariamente usaba”<sup>23</sup>. De todas formas, esta última y extraordinaria “pieza” quizás genera algún tipo de protesta o rechazo, y es posible que Velasco la retire en algún momento de la exhibición pública; de hecho, no se observa en la imagen del salón que se reproduce en el libro de Pulido antes citado<sup>24</sup>, tomada entre 1879 y 1882.

Pronto corre la voz sobre la presencia del gigante en el museo y desde ese momento uno y otro quedan indisoluble y morbosamente asociados; y así continúan. Si hasta entonces el Museo Antropológico es conocido por las excentricidades de su propietario y por la noticia fidedigna de que en su interior descansa, en una urna (aunque no a la vista del público), la momia de la hija del fundador, el hecho de que ahora exhiba el vaciado, el esqueleto y la piel montada de una persona viva hasta hacía solo unas semanas, que más de uno podía haber contemplado por las calles de Madrid, anclan al edificio en el universo de lo macabro.

<sup>21</sup> La inscripción está recogida en la sección tercera, tomo 21-9, folio 377, del Registro Civil de Madrid.

<sup>22</sup> Aunque la legislación funeraria prohíbe realizar enterramientos o disponer cadáveres humanos en ningún otro lugar que no sea un cementerio situado “fuera de poblado”, no dice nada en contra del traslado de restos humanos a centros de investigación. De hecho, Velasco recibe en 1873, en su museo de Atocha 90, la momia de una niña fallecida años atrás, que le dona el padre de la criatura, tras haberla encontrado en esa condición al reformar su sepultura. Y en abril de 1875 el propio doctor traslada a su nueva casa-museo los restos de su propia hija, muerta once años antes. En este caso, sin embargo, Velasco transgrede la normativa, pues instala la momia en la capilla privada de su propia vivienda, no en una de las salas del museo.

<sup>23</sup> *La Época*, 16 de octubre de 1876.

<sup>24</sup> Pulido, Ángel, *El Dr. Velasco... op. cit.*, p. 91.



### 3. De la leyenda del Gigante Extremeño a su “puesta en valor”

Aunque, como veremos, los contenidos más melodramáticos y espectaculares de la leyenda toman forma décadas después de su muerte, las habladurías sobre las circunstancias que vinculan a Luengo y Velasco surgen en fecha mucho más temprana. Un pequeño indicio que apunta en esa dirección es un articulito aparecido en *Los Lunes de El Imparcial*, el 1 de noviembre de 1880, donde se recoge en tono de chanza la historieta de un jorobado que, “a cambio de una renta vitalicia”, se ofrece al doctor para dejarse “hacer pedazos por el escalpelo” después de muerto<sup>25</sup>. Sin embargo, y el dato es ciertamente llamativo, la referencia explícita más antigua a la supuesta compra del cuerpo de Luengo es algo posterior y viene nada menos que de Manuel Antón y Ferrándiz, el primer director del renovado Museo de Antropología, quien en un manuscrito fechado en 1910 asegura que “El Dr. Velasco compró el cadáver en tres mil pesetas, que en parte donó en vida al mismo; el resto a su pobre familia”<sup>26</sup>. ¿En qué se basa Antón para hacer tal afirmación? ¿Dispone de alguna referencia fidedigna o simplemente se hace eco de lo que ya entonces es un mero relato apócrifo? Ni en el archivo del museo<sup>27</sup> ni en ningún otro lugar hemos encontrado dato alguno que constate esos pagos, y ya sabemos que Luengo muere en la más extrema pobreza; lo más probable, por tanto, es que Antón, uno de los más relevantes antropólogos de este país, se deje llevar por las habladurías y dé por buena una leyenda que, también hemos de admitirlo, sitúa a su museo en boca de todos.

Tras la muerte de Velasco en 1882, y a pesar de su compra por el Estado en 1887, el museo permanece cerrado al público casi de forma permanente durante más de cuarenta años. Se organizan cursos y conferencias, es cierto, pero la mayor parte del tiempo solo puede ser visitado mediante cita previa. A finales de los años veinte abre ya un par de horas al día, aunque no de forma regular; no es mucho, pero permite que se recupere un cierto interés por sus colecciones. Pronto la prensa reacciona: tanto las historias que se cuentan del doctor como los contenidos del propio Museo Antropológico tienen la suficiente carga de morbo como para atraer la atención de los lectores. El banderazo de salida parece darlo el 21 de enero de 1926 un personaje muy especial: nada menos que el excéntrico y protofascista Ernesto Giménez Caballero. Ese día, y en el prestigioso diario *El Sol*, el ya por entonces famoso intelectual madrileño publica un tremendista artículo que titula “La casa de los muertos” donde, entre otras frases alucinadas, escribe lo siguiente:

<sup>25</sup> *Los Lunes de El Imparcial*, 1 de noviembre de 1880.

<sup>26</sup> “Borrador del Registro de Entradas de la Sección de Antropología, Etnografía y Preh<sup>a</sup> del Museo de CC. Naturales, y posteriormente Museo (1883-1920)”, entrada correspondiente a 1910. Archivo del Museo Nacional de Antropología, Madrid, manuscrito sin signature.

<sup>27</sup> No obstante, debemos reconocer que este dato no es especialmente probatorio, pues el museo no conserva ni un solo papel de Velasco.

“¡[...] Agustín Luengo, el gigante atroz de Extremadura, enlevitado, descarnado, disecado por aquel siniestro humorista del doctor Velasco, enfundada su auténtica piel en un maniquí nauseabundo que, tras la misma puerta de entrada, vigila y pide el pase para el otro hemisferio! [...] Nuestro Museo Antropológico es un plantel imaginativo y atroz que está sin explotar, sonriendo irónico por medio de su Agustín Luengo, el extremeño inmundo, que ve desde su resquicio de la puerta tornarse a la gente despistada, a buscar aquello mismo en una lontananza pedante e imposible”<sup>28</sup>.

En realidad, a Giménez Caballero no le interesan ni Velasco, ni el gigante, ni el museo, ni sus colecciones. Su única intención es provocar. Lo consiga o no, lo que sí hace es llamar la atención sobre tan peculiar institución. Por fortuna, quienes toman el relevo en este renacimiento informativo del museo lo asumen de forma más reflexiva y serena, aunque es precisamente al referir la historia de Luengo cuando se dejan arrastrar por las habladurías. El primero en hacerlo es el crítico de arte Luis Gil Fillol, en un artículo publicado en *El Imparcial* el 6 de enero de 1927. Al margen de algún error histórico de poca relevancia, el texto está bien escrito y bien documentado. Su propósito esencial es denunciar la desidia de las administraciones públicas, que mantienen al museo y a las instituciones que acoge, entre ellas el laboratorio de Ramón y Cajal, en un estado de casi total abandono. El periodista rememora la vida y la obra de Velasco, ofrece algún dato sobre el museo original y presenta de forma breve sus colecciones. Curiosamente, no cita la famosa leyenda de la hija de Velasco, pero sí refiere como cierta la historia del Gigante Extremeño, dando por bueno un relato apócrifo que ha ido creciendo en detalles y que ahora aparece casi totalmente definido:

“Velasco lo vio un día exhibiéndose en una barraca, y cuando terminó el espectáculo le propuso nada menos que la compra de su esqueleto. El gigante no dudó. Sentíase ya cansado de ir de feria en feria, y las proposiciones del doctor Velasco eran realmente tentadoras. A cambio de sus huesos le ofrecía mantenerle sin trabajar toda la vida. Desde aquella fecha el «Gigante Extremeño» vivió a costa de Velasco y vivió mejor que antes, porque el doctor era generoso, y el gigante, sin duda por el buen deseo de apresurar su fin, no se privaba de ningún placer”<sup>29</sup>.

Quizás no sea esta la primera ocasión en la que se menciona la presunta exhibición de Luengo en barracas de feria, pero sí es la primera referencia impresa que hemos localizado. ¿De dónde proviene? Pues muy probablemente del imaginario popular, que en esos años veinte está fuertemente influido por la proliferación de espectáculos ambulantes de presuntos monstruos y

<sup>28</sup> Giménez Caballero, Ernesto, “La casa de los muertos”, en *El Sol*, 21 de enero de 1926.

<sup>29</sup> Gil Fillol, Luis, “El Museo Antropológico. La olvidada obra del doctor D. Pedro González de Velasco”, en *El Imparcial*, 6 de enero de 1927.

prodigios humanos que, sin duda, las gentes proyectan hacia personajes y épocas de un pasado que ya resulta semilegendario.

El 10 de octubre de 1927, el muy popular *Heraldo de Madrid* publica otro artículo sobre el museo de tono algo diferente<sup>30</sup>. Lo firma una famosa periodista, pocos años después abocada al exilio: Magda Donato, pseudónimo de Carmen Eva Nelken. Es un muy buen trabajo que denuncia las penurias del centro al tiempo que ofrece información precisa sobre sus colecciones, todo ello trufado con una fina ironía. No dice prácticamente nada de la época de Velasco, ni de su biografía; tampoco menciona la leyenda de Conchita, la hija embalsamada. Curiosamente, lo único que refiere de aquellos años fundacionales es la presunta historia real del gigante, y lo hace de un modo completamente diferente al que ha empleado para describir el museo. Ahora la leyenda se impone:

“Agustín Luengo nació en Puebla de Alcocer y creció en... en demasía.

[...] Era pobre y apenas ganaba exhibiéndose en las barracas lo preciso para... beber, hasta que le descubrió el doctor Velasco.

El sabio, entusiasmado con tan magnífico ejemplar humano, mejor dicho, sobrehumano, le propuso un pacto mefistofélico: una renta vitalicia a cambio de su cuerpo.

No suele ser muy larga una vida de gigante; la del extremeño, bebedor y mujeriego, había de ser brevísima.

El doctor Velasco, a pesar de desempeñar en el asunto el papel de diablo, era tan buen diablo como gran doctor y solía advertirle, viendo en qué peligrosos excesos consumía su renta y su salud: «Te estás matando».

Y el gigante, que era un pobre diablo, contestaba: «Mejor para usted; así gasta usted menos y entra usted antes en posesión de mi cuerpo, que lo es de usted».

Así fue, en efecto; devorado por toda suerte de enfermedades el extremeño no tardó en entregar su alma candorosa al Señor, y su cuerpo fenomenal al Museo, donde figura hoy, triplicado”<sup>31</sup>.

La periodista se hace eco de las supuestas exhibiciones comerciales de Luengo y del pacto con Velasco, pero no se queda ahí. Fuera o no de cosecha propia, adorna la antigua leyenda con “vino y mujeres”; y hete aquí al pobre Agustín, cuya enfermedad apenas le permite mantenerse en pie cuando conoce al doctor, convertido en un bebedor, en un mujeriego y en un derrochador de los dineros que recibe de su “protector”. Magda Donato completa su relato con una foto en la que aparenta entrevistar al pobre Luengo, es decir, a su esqueleto y a su vaciado, a los que

<sup>30</sup> *Heraldo de Madrid*, 10 de octubre de 1927. Ocupa las páginas 8 y 9, cada una de las cuales lleva un encabezamiento: “Una visita al Museo Antropológico. Lluvia de cráneos y puzzle de esqueletos” y “Visión de Ultramar, sueños remotos. La negra, la china y el gigante extremeño”. Curiosamente, la autora señala que por entonces la gente no identifica a nuestro protagonista como extremeño, sino como “El Gigante Aragonés”, debido sin duda a la honda impresión dejada en el imaginario popular por el citado Fermín Arrudi, fallecido en 1913.

<sup>31</sup> Se refiere al vaciado, el esqueleto y el maniquí con la piel montada, aunque asegura que este último no se exhibe por problemas de conservación. *Ibidem*.

apenas llega a la cintura. ¿Y cómo concluye el artículo? Pues con una nueva referencia a nuestro protagonista, que combina chanza y morbo:

“Para obtener la adjunta fotografía en que tengo la satisfacción de figurar al lado de tan buen mozo hemos tenido que quitar de su vitrina la enorme tabla en que está colocado el esqueleto; la mandíbula está suelta y al moverle la agita de arriba abajo, siniestramente, como dándose las de ogro de cuento infantil de esos que dicen: «¡Ham! ¡Ham! Aquí huele a carne humana»”<sup>32</sup>.

Pocos meses después, el singular museo continúa atrayendo la atención de la prensa. Ahora quien se interesa por su historia y sus colecciones es otra cabecera de prestigio: el semanario ilustrado *Nuevo Mundo*. El artículo se publica el 18 de mayo de 1928, con muy buenas fotografías, en una de las cuales posa un conserje del museo junto al vaciado de Luengo. Su autor es el crítico de arte Enrique Estévez-Ortega; su título, ciertamente neutro: “Museos de Madrid. El Antropológico”. Pero el contenido no tiene nada de aséptico; está marcado por un notable sensacionalismo. Y es que al periodista le interesa el Antropológico porque es un museo diferente, extremadamente singular. No hay arte; no hay arqueología. Hay cráneos, esqueletos, momias, cabezas reducidas, un gigante, artefactos extraños, maniquíes de tipos humanos “raros y salvajes”... Precisamente por ello, aunque ofrece información ajustada a la realidad sobre su historia y sus colecciones, su autor no puede evitar echar mano de lo legendario y de la pura invención, y lo hace de forma más intensa, melodramática y morbosa que los otros periodistas mencionados. Fabula con la propia construcción del edificio, se detiene en la leyenda de Conchita (adornándola con detalles completamente fantasiosos) y, cómo no, se exhibe en la historia de Luengo y Velasco, con algún añadido propio:

“A la entrada está una reproducción en yeso del gigante extremeño. [...] El doctor Velasco se lo encontró un día en la calle y le llamó. [...] «¿Qué haces? ¿De qué vives?», le preguntó. El gigante, tosco, huraño, apenas contestó: «De limosnas...». El sabio le hizo entonces una original proposición: «¿Quieres vivir bien?... Yo te compro. Te pagaré además todos tus gastos, tu manutención, tus trajes, tus vicios... Pero con una condición: Que cuando te mueras me dejes tu cuerpo...». El gigantón aceptó complacido. Después de muerto, ¿para qué le servía ya?

Por ahí paseaba su holganza satisfecho. Comido, vestido y con dinero, poco a poco fue adquiriendo vicios y enfermedades. El sabio le recriminaba. «Pero, ¿a usted qué le importa? Cuanto antes muera, menos costoso le he de resultar...», le replicaba. Y al cabo murió. Allí, cerca de su cuerpo, reproducido en yeso, el enorme esqueleto, encerrado en una estantería, muestra los vestigios de males terribles en su enorme osamenta deforme”<sup>33</sup>.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> Estévez-Ortega, Enrique, “Museos de Madrid. El Antropológico”, en *Nuevo Mundo*, 18 de mayo de 1928.

Estévez-Ortega da por hecho que la descalcificación del esqueleto prueba los “males terribles”, quizás la sífilis, a los que el pobre extremeño se hizo acreedor por su desordenada vida... Una lacra más para Agustín, alguien que muy probablemente “nunca conoció mujer”<sup>34</sup>.

Como vemos, la que sin duda fue una vida marcada por la discapacidad, el sufrimiento y la pobreza, en la prensa se trasmuta en vicio, despilfarro y perdición. Lo único que falta entonces, a finales de los años veinte y comienzos de los treinta, para otorgar la definitiva carta de naturaleza a la presunta (y puramente legendaria) historia real del gigante es añadir unos cuantos detalles más, de carácter morboso-costumbrista, sobre su relación con Velasco. De hacerlo se encarga otro periodista de renombre: el murciano Pedro Massa que, al igual que Magda Donato, se verá forzado al exilio pocos años después. Ilustrados con sugerentes fotografías y dibujos, Massa publica dos sensacionalistas artículos sobre el Museo Antropológico en uno de los semanarios de moda de la década de 1930: *Crónica*. En el primero, de 7 de julio de 1935, fantasea con la leyenda de la hija de Velasco. El segundo, de 21 de julio, centra su atención en “El gigante que vendió su esqueleto”, como reza su título, recreando el encuentro entre Luengo y Velasco y la firma del contrato de compra de su cuerpo como si el mismo periodista hubiera sido testigo de la conversación, como si su único propósito fuera transcribir la literalidad de tan perverso diálogo. Y es que en la alucinada escena que nos presenta, que ahora se desarrolla en el despacho del doctor, se dicen cosas tan llamativas como las que siguen:

—“Vamos a ver, Agustín —le dijo don Pedro—, ¿cuánto le dan a usted por exhibirse de feria en feria? [...]

—¿Y a usted le satisface esa vida que lleva?

—No, señor. Aquí, en Madrid; pero por ahí, por los pueblos, no quíá usted saber: hasta me apedrean.

—Bien, Agustín. Pues yo le voy a proponer una cosa. [...] Yo le asigno, para que pueda vivir, tres pesetas diarias, con una condición, una sola: que me ceda en un documento su cadáver para que yo lo momifique y pueda formar parte de las colecciones antropológicas que usted ve aquí.

Instintivamente, Agustín dio un salto de la silla en la que descansaba. Miró al doctor con pánico, y fijó sus ojos en tres o cuatro momias que rodeaban, por así decir, la mesa de trabajo del anatómico. Una sonrisa asomó a los labios de éste.

—No tenga usted miedo Agustín. Los cadáveres no sienten”<sup>35</sup>.

La muy teatral conversación inventada por Massa cala hondo y deja huella. A partir de entonces, todo aquel que escriba sobre el Gigante Extremeño hablará de sus exhibiciones en circos y barracas, de las tres pesetas diarias que recibe del doctor, de que su desordenada vida habría sido alentada por el propio Velasco para adelantar su muerte y la propia disposición del cadáver...

<sup>34</sup> De hecho, la acromegalia produce impotencia y disminución de la libido en un 46% de los pacientes. Durán Rodríguez-Hervada, Alejandra et al., “Acromegalia...” *op. cit.*, p. 768.

<sup>35</sup> Massa, Pedro, “El gigante que vendió su esqueleto”, en *Crónica*, 21 de julio de 1935.

Pero lo curioso es que durante casi seis décadas nadie vuelve a escribir sobre el gigante. Con el estallido de la Guerra Civil cierra el museo, y así permanece hasta finales de 1945, cuando reabre tras una drástica reforma de su estructura interna y de sus colecciones. Parece que su nuevo director, José Pérez de Barradas, ordena destruir el maniquí de Luengo (el que porta su piel), retira de la vista del público su vaciado y, muy probablemente, hace lo propio con el esqueleto, aunque este último dato no podemos confirmarlo. Y es que, aunque en algunos artículos de prensa Barradas defiende la obra del doctor Velasco, en realidad quiere deshacerse de su herencia museográfica, que considera obsoleta, anticientífica e izquierdosa, y la parcela más relevante de ese legado es precisamente el vaciado y el esqueleto del extremeño. Hasta comienzos de la década de 1990 no retornan ambas “versiones” de Agustín a la exposición permanente del Museo Nacional de Antropología.

A partir de ese momento, la leyenda revive. Durante algunos años su proyección es aún limitada. Quizás donde primero se manifiesta es en algunas guías sobre el Madrid “pintoresco y macabro”, que llaman la atención sobre la singular historia del museo y que se detienen muy especialmente en las dos parcelas más morbosas: la hija del doctor y la compra del cuerpo de Agustín. Estos tímidos recordatorios pronto entran en una nueva y desafortunada dimensión gracias a internet. En los últimos diez o quince años las referencias al gigante son habituales en foros y blogs de todo tipo y condición. Y dado que la información disponible está viciada de origen, los tópicos y las falsedades se repiten. Y aún es peor cuando unos y otros acceden a las hemerotecas digitales, en particular a la magnífica sostenida por la Biblioteca Nacional<sup>36</sup>, localizando así los textos que en estas mismas páginas hemos revisado (especialmente el de Massa) y dando por válidas las fantasiosas informaciones que nos ofrecen sobre el encuentro entre Luengo y Velasco. Algún periodista se hace eco de tan llamativos relatos y los lleva, con toda su carga apócrifa, a algún periódico de difusión nacional, a finales de 2012<sup>37</sup>. Pero es unos meses después cuando una presunta novela histórica<sup>38</sup> introduce nuevos y aún más alucinados argumentos en las biografías del extremeño y del doctor, que entierran definitivamente cualquier atisbo de verdad que aún pudiera sobrevivir en toda esta historia.

Se podría afirmar que en un texto de ficción histórica su autor está obligado a trascender la realidad factual sobre la que articula su relato, y es cierto. Sin embargo, los problemas y la impostura se hacen patentes cuando el autor en cuestión —y esto es lo que ocurre con la citada novela— defiende que su obra es en esencia un estudio histórico con solo algunas

<sup>36</sup> Disponible en «<http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm>» [Consultado el 8 de abril de 2016].

<sup>37</sup> Guerrero, José, “El gigante extremeño”, en *ABC*, 21 de noviembre de 2012. «<http://www.abc.es/ciencia/20121121/abci-gigante-extremeno-201211210927.html>» [Consultado el 23 de enero de 2014].

<sup>38</sup> Folgado de Torres, Luis C., *El hombre que compraba gigantes. La historia más alucinante duerme en un museo*, Madrid, Altera, 2013.

pincladas de ficción, algo que resulta completamente falso<sup>39</sup>. Es más, la situación empeora cuando comprobamos que el relato no solo es ajeno a estrategia alguna de investigación histórica, sino que modifica hechos, datos, fechas y circunstancias relacionadas con Luengo, Velasco y su museo de forma caprichosa e injustificada. ¿Y cuál ha sido la consecuencia? Pues que, desde su proyección en internet, los muy limitados datos apócrifos que la prensa de entreguerras adjudicara a estos dos personajes se han ampliado de forma absurda con las fantasías e invenciones de esta novela, comenzado con la pretendida venta de Agustín, por parte de sus padres, al dueño de un circo... Pero el asunto no termina aquí<sup>40</sup>.

En efecto, el hecho de que alguien escriba algo y de que otros lo repitan no tiene nada de particular, por muy disparatado que sea el relato. Lo verdaderamente grave es que “el apoyo a la difusión” de esta novela, y en buena medida la aceptación de sus contenidos como hechos realmente acontecidos, se incluye entre las “acciones” que forman parte de un “Proyecto de recuperación y puesta en valor de la figura de Agustín Luengo Capilla” auspiciado por el ayuntamiento de Puebla de Alcocer y cofinanciado por esta entidad y la Diputación de Badajoz<sup>41</sup>. Los ejes sobre los que se articula dicho proyecto son la réplica del esqueleto y el vaciado de Luengo para su exhibición en un interesante Museo del Gigante Extremeño, creado para la ocasión en su localidad natal<sup>42</sup>. En una última fase, se pretende

“[...] realizar un análisis exhaustivo de ADN de Agustín Luengo Capilla, [...] así como de la población de la comarca de donde era originario: La Siberia extremeña [...] [con el objetivo de] profundizar en la investigación de las alteraciones genéticas como posible origen de patologías relacionadas con las alteraciones hormonales que afectan a la modificación de las tasas de crecimiento”.

En su conjunto, la iniciativa puede considerarse más o menos conveniente o acertada, y más o menos útil para el fomento local; pero no es esta la cuestión que nos interesa. Lo llamativo del caso es que los responsables del proyecto asumen la literalidad de los relatos apócrifos sobre

<sup>39</sup> Puede verse, por ejemplo, la entrevista promocional que la editorial hace al autor, en «<http://novedadesaltera.com/2014/10/15/el-hombre-que-compraba-gigantes/>» [Consultado el 10 de febrero de 2016]; y las concedidas a un medio digital, en «<https://www.youtube.com/watch?v=TiE5b6SYOqg>» [Consultado el 10 de febrero de 2016]; y a la radio pública de la comunidad extremeña, en «<http://www.canalextramadura.es/alcarta/radio/audios/el-hombre-que-vendio-su-cadaver>» [Consultado el 15 de marzo de 2016].

<sup>40</sup> Los ficticios datos biográficos que se presentan en esta novela se asumen como documentación contrastada y se citan en nuevos artículos de prensa, como Ruiz Mantilla, Jesús, “Agustín Luengo, gigante de España”, en *El País*, 21 de julio de 2013. «[http://cultura.elpais.com/cultura/2013/07/21/actualidad/1374436343\\_752470.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2013/07/21/actualidad/1374436343_752470.html)» [Consultado el 2 de febrero de 2015]; en programas de televisión, como *España en comunidad*, TVE, 17 de octubre de 2015. «<http://www.rtve.es/alcarta/videos/espana-en-comunidad/espana-comunidad-17-10-15/3326558/>» [Consultado el 15 de marzo de 2016]; y hasta son aceptados como verídicos por alguna institución académica: búsquese “Luengo” en la web de la Real Academia de Extremadura: «<http://www.raex.es/index.php/contacto>» [Consultado el 15 de marzo de 2016].

<sup>41</sup> El proyecto dispone de página web: «<http://agustinluengocapilla.com/>» [Consultado el 8 de abril de 2016].

<sup>42</sup> Cuando terminamos de redactar la versión final y revisada de este artículo, tras aceptarse su publicación, mediado el mes de septiembre de 2016, solo se ha concluido la réplica del vaciado.

Luengo y los contenidos de la obra de Folgado sin la más mínima reflexión crítica, a pesar de evidencias y advertencias. Quizás piensan que las fantasías sobre la compra de su cuerpo, aún en vida, por Velasco, el pago por adelantado de unos buenos dineros y su despilfarro en juergas y mujeres han de generar más interés que lo realmente acontecido: la absoluta incapacidad física que lo mantiene encamado durante sus dos últimos meses de vida y la cesión de su cadáver por parte de la madre. Quizás consideran que la imagen pública y espectacular de un personaje de circo es más apropiada para un gigante que la vida real del extremeño, marcada por el sufrimiento y muy probablemente enclaustrada durante casi toda su existencia entre las paredes de la casa donde naciera. De hecho, el afán por vincular su vida con el mundo del circo ha llevado a los responsables del proyecto a diseñar y exhibir en el citado museo un falso cartel que anuncia, siguiendo presuntamente modelos decimonónicos, la exhibición de Luengo durante una feria local<sup>43</sup>. Y en su empeño por “poner en valor” al gigante, han concluido que la única fotografía disponible sobre Agustín, en la que aparece supuestamente junto a su madre, el tercer personaje que les acompaña es el rey Alfonso XII, aunque ni el individuo en cuestión se parece al monarca ni el entorno en el que la imagen fue tomada permite hacernos pensar que se trata del Palacio Real de Madrid.

El Museo del Gigante de Puebla de Alcocer exhibe también dos llamativos carteles<sup>44</sup>, de más de tres metros de altura, que representan a Luengo junto a un individuo barbado que apenas le llega a la cintura y que, según la web del proyecto, “sirvieron de soporte publicitario al circo en el cual pasó Agustín parte de su vida”. Aunque desconocemos cuál es la técnica empleada en su ejecución, parece tratarse de obras originales; una de ellas copia o revisión de la otra. No son obras impresas, ni incluyen referencia alguna a empresa, fecha o lugar de exhibición. Aunque obviamente no podemos asegurarlo, podría tratarse de carteles pintados tras la muerte de Agustín por alguien de su localidad o al menos por alguien conocedor de su biografía. No obstante, y aunque hasta la fecha no disponemos de ningún dato que lo confirme, queda también la opción de que fueran realmente utilizados en alguna exhibición, que los portara el propio Agustín para publicitarse, de forma rudimentaria, en alguna feria o evento local, ya en un momento muy avanzado de su vida. De hecho, ambos parecen haber utilizado como modelo la fotografía antes citada, pues muestran a un Agustín adulto y vestido como aparece en la foto, cercano al momento de su muerte, cuando las patologías secundarias asociadas a la acromegalia hacen de su existencia una verdadera tortura, algo que no se concilia con la ajetreada vida del circo, en cuyo universo nunca se integró.

<sup>43</sup> La cartela informativa advierte de que es un “montaje”, pero lo hace con una redacción tal que prácticamente da a entender lo contrario: “Montaje de cartel de feria por Andalucía en la que vivió Agustín”. Además, junto al cartel se muestran imágenes de “monstruos humanos” exhibidos en *freak shows* del siglo XIX y comienzos del XX, que refuerzan ese pretendido vínculo de Luengo con el mundo del espectáculo.

<sup>44</sup> De uno se exhibe el original, del otro una reproducción a tamaño reducido.



#### 4. Conclusiones

Al igual que ocurre con otros casos históricos de personajes que presentan anatomías extraordinarias, la historia vital y post mórtem de Agustín Luengo Capilla nos dice algo sobre contextos científicos y entornos académicos, pero nos dice mucho más sobre dramas personales, obsesiones profesionales, filias y fobias colectivas y manipulaciones varias. Nos informa de la obsesión decimonónica, que es obviamente mucho más antigua, por los denominados monstruos humanos, y muy especialmente por los gigantes. Aunque los intereses difieren, es una obsesión compartida por ciudadanos de a pie y estudiosos de muy variada condición. Es verdad que en el último tercio del siglo ya no suele hablarse de razas de gigantes, ni históricas ni contemporáneas, pero la contemplación de individuos de carne y hueso que superan con creces los dos metros de altura sigue resultando tan impactante como en épocas remotas. Quizás algún médico se aventure a proponer una etiología (errónea) de la enfermedad, si es que se asume el origen patológico de tan desmesurado crecimiento; pero lo habitual será que los profesionales de la medicina se limiten a describir la condición en la que se encuentra el enfermo. Al final, y al igual que hace Velasco, no es raro que traten de hacerse con el cadáver. De hecho, durante la segunda mitad del siglo XVIII y todo el XIX los más destacados gabinetes y museos anatómicos europeos y americanos se enorgullecen de poder exhibir el esqueleto de alguno de estos gigantes.

Pero el caso de Agustín nos dice aún más sobre la capacidad que tienen algunos individuos para fabular y sobre la facilidad con la que otros muchos se dejan arrastrar por esas fábulas, sobre todo si relatan historias singulares y morbosas de las que se puede obtener alguna rentabilidad. La deriva más negativa de esta interpretación espuria de la historia del Gigante Extremeño es la que conduce al diseño de una biografía que acaba siendo un insulto para el biografiado. El proyecto que venimos mencionando destaca como uno de sus principales objetivos el de "humanizar" la figura de Luengo. La intención es muy loable, si lo que se pretende es recuperar las vivencias y experiencias de un personaje que solo contemplamos en la cruda materialidad de un esqueleto que parece desintegrarse ante nuestros ojos y de un vaciado en yeso atrozmente mutilado. El problema es que en ese proyecto Agustín es "humanizado" a través de una historia vital y un anecdotario que en realidad denigran su persona. Y no considero denigrante el hecho de que pudiera haberse exhibido en circos o teatros, aunque parece evidente que no lo hizo. Lo que resulta profundamente infamante es que se den por auténticas conductas como la presunta venta del joven Agustín por sus padres, o la propia vida descontrolada, juerguista y hasta depravada de un Agustín adulto, despilfarrador en los tugurios madrileños de los dineros que supuestamente le entrega cada día un mefistofélico doctor Velasco.

El único cauce para humanizar, con respeto, la figura del Gigante Extremeño es rescatar sus verdaderas experiencias y sentimientos, su vida cotidiana previa a la manifestación de la

enfermedad, sus padecimientos físicos y mentales una vez que la acromegalia se muestra con toda su crudeza, el no menor sufrimiento de su entorno familiar más inmediato, la implicación de la madre en la búsqueda de remedios y, finalmente, la salida de su pueblo, la llegada a Madrid y la impotencia que seguramente los martiriza durante los cuatro meses que malviven en la capital del Reino, sin conseguir absolutamente nada de lo que habrían querido encontrar: una curación para su enfermedad o, al menos, un alivio para los dolores que lo torturan o algún remedio que detenga la progresiva pérdida de sus facultades físicas y sensoriales.

Humanizar la figura de Agustín supone asumir que muy probablemente nunca rentabiliza su enfermedad como hacen otros gigantes acromegálicos, por la sencilla razón de que su condición física no se lo permite; que muere en la indigencia; que su madre dona su cuerpo a Velasco; que esta pobre mujer lo hace porque es consciente de lo extraordinariamente singular que es el cuerpo de su hijo y porque la única alternativa que tiene es enterrarlo a través de la beneficencia en una sepultura temporal, que nunca podrá visitar y que al cabo de pocos años será vaciada y los restos arrojados a una fosa común. Humanizar e incluso “poner en valor” la figura de Agustín supone presentar toda esa información de forma atractiva y documentada, como en parte se hace ya en su museo de Puebla de Alcocer, pero dejando a un lado el afán por vincular su persona con el mundo del espectáculo e insistiendo más en su entorno social, en la enfermedad que padece y en sus consecuencias. Y claro, en último término podríamos preguntarnos si realmente era necesario asumir aquello que precisamente constituye el eje que articula el proyecto: la réplica de su vaciado y de su esqueleto. Pero, en todo caso, esas réplicas son solo eso: modelos de materia plástica por completo ajenos a la vida, al sufrimiento y a la muerte de Agustín. Puestos a reflexionar sobre la conveniencia, la utilidad o la ética de exhibir restos humanos<sup>45</sup>, nuestra mirada tendría que dirigirse a otro lugar, a Madrid, al Museo Nacional de Antropología y a su “pieza estrella”: el esqueleto del Gigante Extremeño.

---

<sup>45</sup> Durante las últimas tres décadas, y con diferente ritmo según los países, se han extendido los debates y las resoluciones tanto sobre la ética de la exhibición de cuerpos humanos, o de restos de cuerpos humanos, como sobre su restitución, cuando se trata de individuos pertenecientes a comunidades indígenas. Es un tema complejo que aquí no podemos desarrollar. Lo que sí queremos dejar claro es que la circunstancia original que conduce a la exhibición de Agustín Luengo, pese a lo extraordinaria que resulta, no es equiparable a los contextos mencionados al comienzo del artículo que permiten la exhibición y la explotación económica de individuos (vivos o muertos) en un buen número de exposiciones y museos europeos durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Sobre el tratamiento museográfico actual de esos restos humanos, y de algunas otras piezas singulares de cultura material, puede verse un reciente artículo de síntesis: Martínez Aranda, María Adoración et al., “Las controversias de los «materiales culturales delicados», un debate aplazado pero necesario”, en *Ph investigación*, 2 (2014), pp. 1-30. <<http://www.iaph.es/phinvestigacion/index.php/phinvestigacion/article/view/19>> [Consultado el 15 de septiembre de 2016].